

gonzado este de su derrota, propusiérase rendir por el dolor y los padecimientos á la que inútilmente procurara rendir con los placeres, los halagos y las promesas. Habia visto frustrados todos sus planes é inutilizados todos los recursos de que se sirviera para impedir que Lucía se uniese á Jesucristo, y desde luego concibió el designio de separarla de él á todo trance. Para lograrlo llama en su auxilio al demonio de los celos. Insinúase este en el alma de aquel jóven cuya mano habia despreciado la virtuosa vírgen; inspírale un odio implacable hácia la que hasta entónces amara hasta el exceso del delirio: su corazon arde en deseos de vengar el desaire que ha recibido; la sangre, sola la sangre puede saciar la sed que devora sus entrañas. Jura que Lucía ha de ser suya ó que ha de ser sacrificada á su despecho.

Qué intentas, jóven incauto? ¿A dónde te conduce tu desesperacion? Arrancar á Lucía de los brazos de su divino esposo! ¿No ves que ya se ha unido á él con unos lazos que no pueden romperse? La quitarás la vida del cuerpo! Pero ¿no consideras que entónces contribuyes sin saberlo á afianzar esa union haciéndola perdurable? Te complazarás en verla padecer! ¿Mas qué son todos los tormentos del tiempo en proporcion de las delicias que ellos la aseguran en la eternidad? Lleva en buen hora á cabo tus ideas; realiza cuanto ántes tus intentos; pero está seguro de que Lucía jamas podrá ser tuya. Ella tiene ya esposo, y á la manera que renunció al mundo y á sus mentidas promesas por lograr unirse á él, sabrá tambien despreciar la vida y abrazarse con una muerte gloriosa, que consumará su union haciéndola indisoluble.

En efecto, señores, Lucía es acusada por el desairado amante ante el tribunal de Pascasio, prefecto de Siracusa. ¿Y cuál es el delito de que se la hace cargo? ¿De que no quiere admitir por esposo á un jóven que pretende su mano? ¿Acaso no es libre para disponer como mejor le plazca de su suerte? ¿Por ventura no es dueña de fijar su porvenir? Mas no, católicos; Lucía es acusada por la religion que profesa, porque es cristiana; porque no adora á las falsas divinidades del imperio romano. ¡Qué acusacion tan honrosa para una doncella que conoce perfectamente el precio inestimable de la fe! El general á quien se lleva la nueva de haber conseguido una completa victoria sobrè los enemigos del estado; el negociante que recibe

la noticia de haber concluído felizmente una especulacion que le asegura bienes inmensos; el cautivo que oye el decreto que quebranta sus cadenas y le restituye la amada libertad, no experimentan un regocijo igual al que tuvo Lucía, cuando viéndose conducida por los ministros de justicia al tribunal del prefecto, supo que la causa era por ser cristiana. ¡Con qué alegría caminaba considerándose ya mártir de Jesucristo! Dijérase que era una Judit que acababa de derrotar por su misma mano al tirano Holoférnes, y que iba á recibir las felicitaciones de todo un pueblo que la miraba como su genio tutelar. Dijérase que era una Ester, que victoriosa del orgulloso Aman iba á ser coronada con los laureles del triunfo en medio de una nacion á quien libertara de la proscripcion mas horrorosa. Dijérase... No, Lucía va á combatir por la fe; va á padecer por el amor de su divino esposo, y esta idea es para ella mas lisonjera que la de todos los triunfos, porque la asegura para siempre la posesion del objeto de su amor.

Presentada que fué al prefecto nuestra insigne heroína, este la recibe con todas las muestras de benevolencia que la maldad sabe fingir tan astutamente cuando pretende salir con sus reprobados intentos. Háblala del enlace que habia rehusado admitir; la propone las ventajas que debia proporcionarla un establecimiento tan conforme á sus dotes y demas brillantes cualidades; pondera la felicidad de su union con un jóven de tan bellas esperanzas; nada omite para ablandar su constancia; y por último la dice que es preciso que ofrezca un sacrificio á los dioses del imperio. Entónces Lucía, rompiendo el silencio, contesta con energia que ella no reconoce mas que á un Dios á quien ya ha hecho el sacrificio de su hermosura, de su nobleza y de todos sus bienes, pues que le habia escogido por esposo, y que estaba pronta á sacrificarle su vida y todo su ser ántes que faltar á sus promesas y renunciar á su religion. Qué testimonio tan brillante! Qué confesion tan heroica! Gloríate, oh fe sacrosanta! Esa tierna jóven que tan decididamente ha luchado contra el mundo y ha sabido sobreponerse á todos sus atractivos, tendrá valor suficiente para contrarestar el impetuoso furor de tus enemigos, siquiera sea menester apurar la copa del dolor hasta las últimas heces. ¿Y qué no puede el amor de Jesucristo cuando ha llegado á tomar posesion de la criatura? San Pablo en medio de las cadenas, de los peligros y de las per-

secuciones, insulta á la tribulacion, á la angustia, al hambre, al cuchillo de los tiranos; nada teme, por nada se acobarda; todo lo emprende, porque está seguro de que si bien es una oveja destinada al matadero, la virtud de aquel Jesus á quien ama y por quien es amado, le hará salir victorioso, y nada habrá que pueda separarle de él ni en la tierra, ni en el cielo, ni en lo presente, ni en lo porvenir. Lucía es un nuevo Pablo en la intrepidez; el amor de su dulce Jesus ahuyenta de su corazon todo temor. Las amenazas del tirano, en vez de acobardarla, encienden mas la llama sagrada que arde en su pecho. «Nada me importan tus suplicios, le dice con una santa resolucion, los cristianos tenemos en nuestro favor las inefables promesas de un Dios que jamas engañó ni pudo ser engañado. Él nos ha dicho que en nuestros mayores apuros estará con nosotros su divino Espíritu; y ¿qué hay que pueda intimidarnos cuando estamos seguros de su asistencia?» — Segun eso, repone el tirano, ¿tú crees que el Espíritu santo mora en ti? — Sí, contesta Lucía, porque él se complace en fijar su mansion en las almas puras é inocentes. — Pues yo te mandaré conducir al lugar de la prostitucion para lanzar de ti ese espíritu de cuya posesion te envanece, volvió á contestar Pascasio. — Entónces la purísima doncella, llena de aquella fe que sabe obrar prodigios, le dice: ensaya si gustas ese medio infame que te sugiere tu maldad; ¿piensas acaso que el Dios que se ha dignado preservar mi virginidad en medio de los peligros de un mundo, que ha apurado inútilmente todos sus recursos por arrebatar me esta preciosa joya, me abandonará como una oveja en las garras del lobo ahora que mas necesito de sus auxilios, y no sabrá burlar tus malignos intentos?» Así habló la vírgen magnánima, y el cielo confirmó sus palabras con un estupendo milagro. Dada la órden por el tirano para que Lucía fuese llevada al lupanar, los ministros de justicia se abalanzan á ella como tigres feroces. La santa vírgen no hace la mas leve resistencia, y sin embargo ni un solo paso pueden hacerla mover del sitio en que se halla. Su oracion ha penetrado hasta el solio del Omnipotente, y este tocándola con su mano invisible, la ha hecho superior á los esfuerzos de los hombres. En vano se emplean todos los recursos de la imaginacion mas fecunda. Semejante á una columna á quien los vientos azotan por todos lados sin que jamas lleguen á hacerla perder el equilibrio, la tierna doncella permanece in-

móvil, ora tiren de ella con maromas, ora la empujen con lanzas; bien unzan bueyes para arrastrarla, bien enciendan á su alrededor varias materias combustibles. Arden las llamas; levántase un fuego horroroso; una densa nube de humo la cerca por todas partes: el paganismo comienza ya á lisonjearse de su triunfo... Murió la infame! dicen;... los dioses del imperio han vengado la sacrilega audacia de esa cristiana; ya no insultará mas nuestro culto, ni blasfemaré de nuestras creencias... ¿Mas qué es lo que veo? Lucía vuelve á aparecer sana y sin la menor lesion en medio de aquella multitud que la contempla con estático asombro. Una voz general se levanta repentinamente: Gloria al Dios de los cristianos! ¡Solo él es digno de recibir la adoracion y el culto de todas las criaturas! Llor y prez á la ilustre mártir de Jesucristo! Anatema á las falsas deidades del Olimpo!

Imaginad, si os es posible, el despecho y la rabia que se apoderaria del tirano al verse vencido por una tierna doncella. ¡Qué ideas tan tristes se cruzarian en su imaginacion! No solamente mira frustrados todos sus planes, sino que hasta ve caer en descrédito el prestigio de aquella religion que dominaba á todo el universo, y parecia destinada á dar sus leyes á los siglos por venir. Qué hará pues? El pueblo se subleva; el paganismo amenaza ruina; si continúa en poner á prueba la constancia de Lucía, tal vez se renovarán los prodigios, y con estos se exaltará mas el entusiasmo público. Preciso es acabar de una vez con ella. La espada debe decidir de una vida que puede ser funesta para la religion del imperio.... La sentencia se ejecuta.... la sangre corre.... Todavía existe Lucía.... los cristianos se apoderan de ella.... Ah! no, no os lisonjéis de vuestra adquisicion. Decretado está por el cielo que sucumba, porque llegada es la hora de su triunfo. Así es: la santa vírgen consuela á sus hermanos; les anuncia el pronto término de la persecucion, y la paz que debia disfrutar la iglesia de Jesucristo; animales á permanecer constantes en la fe, y vuela al seno de aquel divino Esposo á quien se uniera estrechamente por la fe y la caridad á despecho del mundo y de sus promesas, y cuya eterna posesion habia merecido despreciando la vida del tiempo y ofreciéndose á los tormentos y á la muerte. Hé aquí lo que me propuse probar en el presente discurso.

¡Qué lecciones tan sublimes nos da santa Lucía, católicos

oyentes! ¡Cuántos motivos de confusion encontramos en su preciosa historia! Cotejemos nuestra fe con la suya; hagamos un paralelo entre su constancia y la nuestra, y veamos si se halla algun punto de contacto que nos acerque á ese vivo modelo de virtud. Cuando el mundo nos propone goces, abundancia y felicidad; cuando nos convida á entregarnos á una vida muelle y deliciosa, ¿tenemos el suficiente valor para renunciar como Lucía á sus mentidas promesas, y despreciar sus halagos y lisonjas? ¡Cuántas veces sacrificamos nuestra fe ante una passion vergonzosa! ¡Cuántas veces abandonamos á Jesucristo por un vil deleite ó por un puñado de oro! ¡Cuántas veces exponemos nuestro eterno porvenir por no desprendernos de un ídolo que sabemos nos conduce á un inevitable precipicio! Aun cuando veces mil hayamos protestado al pié de los altares que Jesucristo es nuestro bien, nuestra dicha, nuestro tesoro, ¡cuán frecuentemente desmentimos nuestras palabras con nuestros procedimientos! Si él es nuestro bien, ¿por qué corremos con tanto ardor en pos de los bienes terrenales? Si él es nuestra dicha, ¿por qué envidiamos la prosperidad de los mundanos? Si él es nuestro tesoro, ¿por qué se apega nuestro corazon á las cosas visibles? Preciso es, católicos, que no estemos en contradiccion con nosotros mismos. Si queremos ser de Jesucristo, imitemos el desprendimiento, la humildad, la modestia y demas virtudes que admiramos en la santa vírgen Lucía; luchemos con el mundo y hagamos frente á todos sus engaños. Si deseamos permanecer inseparables de Jesucristo, seamos como ella constantes en la fe; confesémosla con decision cuando llegue el caso de hacerlo; y ántes que faltar á ella, tengamos valor para mirar con desprecio los tormentos y la muerte misma.

Préstanos tus auxilios, oh vírgen venturosa. Ayúdanos con tu intercesion á combatir contra ese mundo que de tantos modos nos ataca para separarnos de nuestro Dios. Recibe gustosa los homenajes que hoy rendimos á tu memoria, tan grata para nuestras almas; y en pago de este corto obsequio, alcánzanos una fe viva, eficaz, pronta, constante y decidida, y un amor ardiente, inviolable, íntimo y heróico: para que una vez unidos al dulce objeto de nuestros corazones, le sirvamos con fervor, le agradeamos en todo, y no nos apartemos de él ni en el tiempo ni en la eternidad.

SERMON

DE SANTA LUCÍA VÍRGEN Y MÁRTIR.

(DE SANTANDER.)

Mulierem fortem quis inveniet!

Mujer fuerte ¿quién la hallará?

Proverb., c. 31. v. 10.

¿Es posible, cristianos míos, que el mas sabio de los reyes llegue á poner en duda si puede hallarse una mujer fuerte? Pues qué? ¿no ha visto el mundo prodigios de valor en las mujeres? ¿No las ha admirado capitaneando soldados, mandando ejércitos, ganando batallas, conquistando provincias, y llevando en sus vencedores estandartes el terror y espanto de todos sus enemigos? ¿Por ventura no se cuentan entre los prodigios de valor una Semíramis, reina de los babilonios, una Tomiris, princesa de los masagetas, una Artemisa, reina de Halicarnaso, las Amazonas y otras mujeres insignes, que esgrimian la espada en las batallas con no ménos valor que los hombres mas robustos? ¿Pues cómo dice Salomon que quién hallará una mujer fuerte? *Mulierem fortem quis inveniet?* Sin duda no estimaba por dignas de este nombre las que acabamos de nombrar, rodeadas de impenetrables escuadrones y valerosos soldados, que avanzando á los peligros, y arrancando los laureles á sus enemigos, los ponian á los piés de sus respectivas soberanas, no teniendo estas otra cooperacion en semejantes victorias que conseguirse á su vista, y tener la vanidad ó debilidad de apropiárselas. Podrá ser, oyentes míos, que así fuese. Pero á lo ménos direis, este defecto, si es alguno, no le hallaremos en Judit, que penetrando sola el formidable ejército de los asirios, degolló por sí misma al general Holoférnes,